

Ramón Rodríguez, como pocos poetas mexicanos, ha decidido restarle solemnidad a la escritura. Ha creado un personaje vital y ocurrente, quien sorprendido por la imprecisión de la palabra, del tiempo y del amor ensaya versos para no tener que justificar su desencanto. Este personaje, al parecer, ha descubierto lo que Cioran llama “pasión por el absurdo”, única forma de librarse del vacío cuando no existen “ideales morales, estéticos, religiosos, sociales o de cualquier otra clase que logren imprimirle a la vida una dirección y una finalidad”. La voz que se hace escuchar en los poemas de Ramón mantiene un tono desenfadado y caústico.

La poesía moderna parece no haber logrado amalgamar los intereses de diferentes autores, al contrario, se define por una pluralidad de estilos y por la fragmentación y la diversidad formal. Los poetas ven el mundo e incluso su experiencia individual a través de una mirada irónica; con esa misma intención escriben, haciéndole creer algo al lector, para finalmente, “traicionarlo”.

“Los románticos desplazaron el *criterio de verdad* al dominio de la experiencia vital”, señala el crítico inglés Robert Langbaum, en su libro *The poetry of experience*

porque —continúa— a diferencia del poeta clásico quien podía distinguir perfectamente entre la subjetividad de su poesía lírica y la objetividad de su poe-

sía narrativa y dramática para el poeta que nace en el romanticismo que sabe que el sentido de las cosas es una creación personal, la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo se anula, y el poeta necesita entonces enmascarar el origen subjetivo de su idea, servirse del arte para objetivarla. El romántico no olvida nunca que está interpretando un papel, inventándose una identidad, convirtiéndose su yo en una persona poética.

Para los poetas de la actualidad el criterio de verdad se anula, se desdibuja ante la relativización de todo acontecimiento humano y natural. El papel firme y bien definido que en épocas pasadas le fue concedido al pensador, al científico y al poeta se ha difuminado. Hoy, el poeta es un observador fallible. El hombre es el intérprete de una identidad creada por él mismo, en palabras de Ramón:

porque no le fue dicho nunca nada/
nada como no sea lo que él mismo
inventa cuando sueña/ y se cuenta a sí
mismo entusiasmado la mañana si-
guiente (...).

Los poetas contemporáneos, especialmente los que publican después de la década de los sesenta, vuelven los ojos al teatro interior, lo que no quiere decir que este escenario sea más o menos teatral, es un recurso, la elección de una voz con la idea de aislamiento, de introspección, con la idea además de que las pequeñas o grandes batallas interiores son más interesantes que las exteriores. Ramón exhibe con desenfado, sin tomárselo muy en serio (aparentemente) sus

batallas. Para salvar a esta voz solitaria tanto de excesos ideológicos como sentimentales recurre a la ironía, “la espadita toledana”, que ampara los versos de un engolamiento retórico, de una falsa impostación. Cuando algunos poemas podrían parecer reclamos despechados, incontenibles confesiones de amor, referencias intertextuales, surge un juego con el significado aparente de las palabras, o la ridiculización “dolorosamente cómica” de la persona poética contrariada frente al destino o frente a sí misma, al descubrir que su verdadera naturaleza no es como creía.

Para el poeta, lo más importante no es lo que *se dice* en el poema, sino lo que en él *ocurre*, dice Ballar en su tratado sobre ironía..., la eficacia de la máscara, del simulacro, de la finta.

Ramón Rodríguez gozoso, con absoluta libertad, revela sus propias limitaciones para que así el lector *experimente* las contradicciones de su visión.

Si la obra reunida parece apuntar en distintas direcciones es porque responde al impulso vital, por parte del autor, de asistir y recrear la precipitación del presente: “nuestro destinado fugaz siempre”. Cada uno, ¡digo! cada único poemario constituye un proceso de destilación hasta lograr comunicar, en los brevísimos, casi monosilábicos, versos de *La navaja de Occam* que el presente (tiempo en el que se escribe y se ama) es un estado que el ánimo libre inventa, *Ser* “no nave: navegación”.

Bertha Laura Barrientos Beverido